

nas, que lo eran en realidad, pues si el espíritu sacerdotal de Don Tomás Tapia se mantuvo en Alcázar preponderante y perdura latente, fue porque ellos lo llevaban impregnado también y porque el Conde y Ricardo fueron dos caciques de guante blanco que se avinieron a que las aguas buscaran su corriente sin ponerles grandes obstáculos, cosa que debe desearse no empeore, como pudiera suceder, dado lo bronco de los procedimientos que los tiempos acarrearán.

Apostrofado una vez duramente en el Congreso La Cierva por las fechorías de sus secuaces, diciéndole que defendía a los criminales, hubo de recurrir a la pura necesidad y al mas eres tú de los que lo combatían para justificar lo injustificable y poder sacar adelante su acta que le pretendían arrebatár. No era nada nuevo, ciertamente, aunque fuera monstruoso, porque todos estaban en el ajo y afectos de la misma dolencia.

— — — — —

La rusticidad de Estrella llevó al Ayuntamiento a los señoritos por una reacción de estimación propia desarrollada en el casino. Estrella, aún estando en el casino era hombre de la calle y de la Plaza, hecho a andar entre los puestos y de un cuarto en otro, hasta el punto que en el Ayuntamiento mismo ventilaba los asuntos en el portal o en la puerta de la calle. A los otros les atraía el salón, el protocolo, la fórmula, sin que eso significara un esfuerzo, una preparación o unas cualidades sobresalientes para el caso, sino únicamente un convencionalismo. una vestimenta y unos hábitos a todas luces menos eficientes y fundamentales.

Aquel Ayuntamiento, a pesar de sus murallones, por darle el aire por los cuatro costados, era de lo mas frío de Alcázar y solo recuerdo como lugar mas atemperado el hueco de la escalera imperial y de madera en la planta baja aún con la puerta de la calle abierta como lo estaba siempre de la hoja derecha. Aquello tenía la temperatura de la Plaza; las demás dependencias tenían la del boquete, porque boquete era y no flojo el que formaba con la Tercia y la casa de Leña. El salón de actos era una nevera, por eso el Perrete, haciéndose eco de las quejas de los oyentes, pedía que se pusieran esteras para que se presenciaran las sesiones con comodidad. Y también bancos, cosa menos acertada para el invierno porque el frío se aguanta mejor de pie que sentados. Muchos años antes, en los primeros tiempos de la alcaldía de Don Felipe Arroyo, Julián Arias, el de Morano, se interesó también por las esteras del auditorio y por las mismas razones y Don Felipe dijo que había sido un olvido pero que se pondrían.

Son pequeños detalles indicadores de la influencia que tenían en la Villa las sesiones de las Cortes, tan difundidas y comentadas en los puntos de reunión. Visto con la perspectiva de los años se nota clarísimo el deseo de imitación y la razón de la pugna permanente sobre el horario de las sesiones para que pudiera o no presenciarlas el público. Se deseaba la espectacularidad y el teatro se abarrota y luce cuando se espera que haya «hule». Las intervenciones mas hirientes en el gran